NECROLOGIA

HERMENEGILDO ANGLADA CAMARASA

(1873 - 1959)

POR

JOSÉ FRANCÉS

El 8 de junio de 1959 se extinguía en Pollensa —de la Mallorca tan entrañablemente ligada a su vida y su obra— la existencia dilatada de Hermenegildo Anglada Camarasa, una de las más nobles y altas figuras del arte español, con rango y prestigio universales.

Nació en Barcelona el 21 de septiembre de 1873. Hijo de don José Anglada Llauma y de doña Beatriz Camarasa Cendra. De su padre, constructor de carruajes y pintor decorador, adquirió, oyó y vió en la primera infancia la llamada y la lumbrada del arte, que serían para siempre norma y deleite de su espíritu genial.

Pero es curioso observar el contraste entre la personalidad de Anglada y la de su maestro Modesto Urgell, de quien—así afirma—"recibió los únicos consejos útiles de su vida".

Urgell era el melancólico poeta de los romanticismos plásticos, de las penumbras vesperales y los estados anímicos de vencimiento y renunciación. Sentía la tristeza de los campos solitarios y las lejanías yertas, las tapias y cipresales de cementerios humildes y pueblerinos. Su paleta se recreaba en los tonos sombríos, y las armonías tristes y una infinita sensación de buscar siempre los últimos instantes del véspero enlutaba y enfriaba la irreparable dolencia temática de sus producciones.

En cambio, Anglada fué el gran sinfonista cromático de las máximas exaltaciones lumínicas, con pompa ufana y radiante, en las más atrevidas y deslumbradoras composiciones, hijas de un optimismo eufóricamente apasionado. Todo en su obra está henchido de cualidades afirmativas, frutos granados del contento de sentir y expresar la belleza creadora.

Afirman el tránsito del período finisecular del XIX al esplendor inicial del XX tres grandes maestros: Sorolla, Anglada, Zuloaga. De ellos, An-

glada acusa la exuberancia orquestal del color y de los ritmos triunfales. Fué por potencia y excelencia el realista dueño con grandiosidad relevante de la fantasía decorativa.

Y en ello, la condición primigenia de un ejemplar humano, íntegro de independencia y fidelidad a su propio credo.

Porque Hermen Anglada no debió nunca nada a solicitudes personales ni a mendicidad de premios y honores y limosneo de cargos. Tampoco fué de los maestros dedicados a la enseñanza oficial —sin que ello se diga con demérito de los que la ejercen con toda legitimidad—, sino de los espontáneamente elegidos por los jóvenes del mundo. Era libre él mismo de darse en generoso creador y revelador espontáneo.

No iba en busca codiciosa de la gloria, sino la gloria venía a encontrarle a él. Sobre todo en España, cuando ya estaba colmado de ecos y testimonios fuera de nuestra patria. Porque de un antes lejano y reiterado, los grandes museos de Europa y de América poseían ya obras suyas, y las más prestigiosas Corporaciones mundiales le tenían elegido Miembro de Honor y en las exposiciones internacionales obtenía medallas y distinciones especiales.

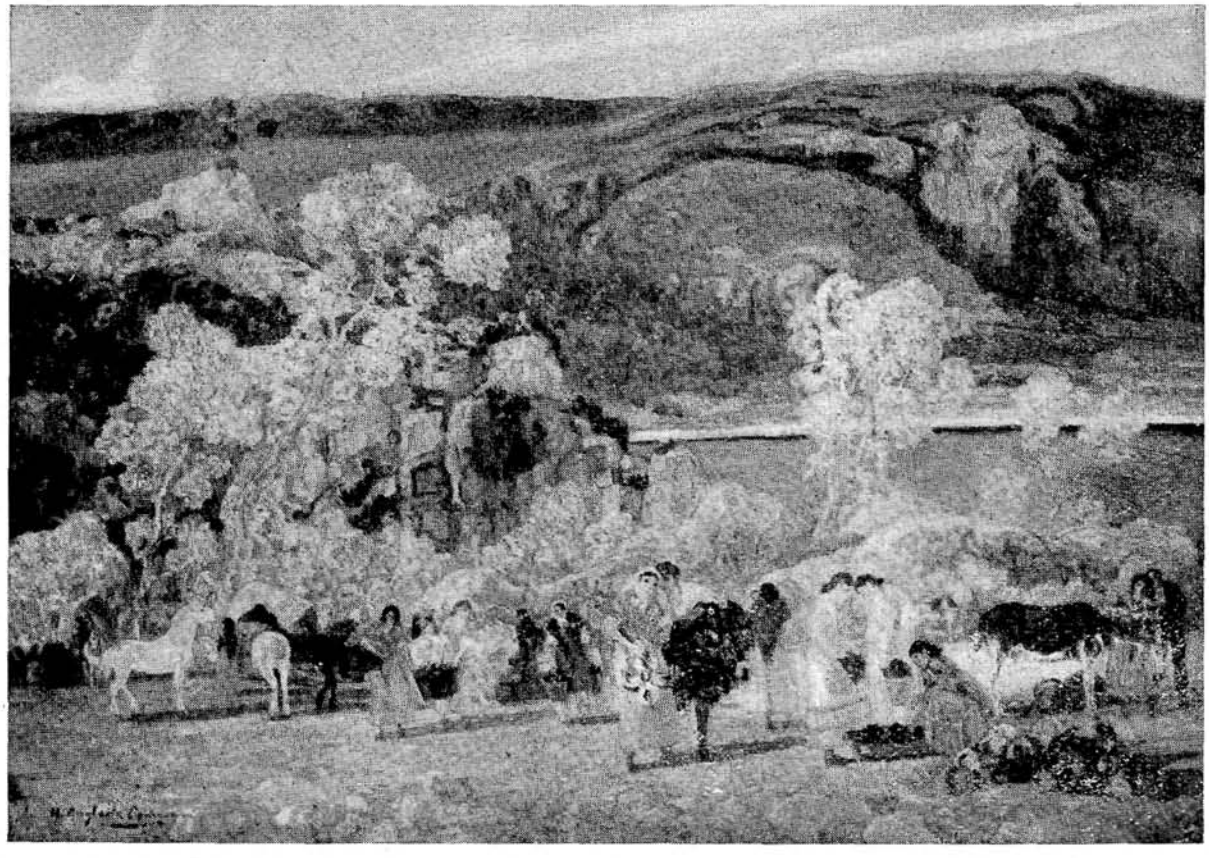
El año 1916 se celebró en Madrid su primera Exposición colectiva, organizada en homenaje a Anglada por el Círculo de Bellas Artes y la Asociación de Pintores y Escultores. Se le destinaron siete salas del Palacio de Exposiciones del Retiro y durante el período de exhibición se dieron conferencias por escritores y críticos de absoluta responsabilidad.

Tuvo el hecho el valor significativo y eficaz de remover ruidosa y apasionadamente la vida artística española. Innumerables controversias, discusiones encendidas, polémicas enconadas en pro y en contra suyas.

"A Hermen Anglada —escribí en aquella ocasión— no le han faltado para su éxito definitivo los ataques violentos, coléricos, agresivos, como si se tratara de vengar en él nefandos crímenes o inultos y agravios íntimos. Espectador hubo —profano o profesional— que casi sufría ataques epilépticos ante los cuadros."

A preguntas estólidas, como las de "¿pero ha visto usted toreros de

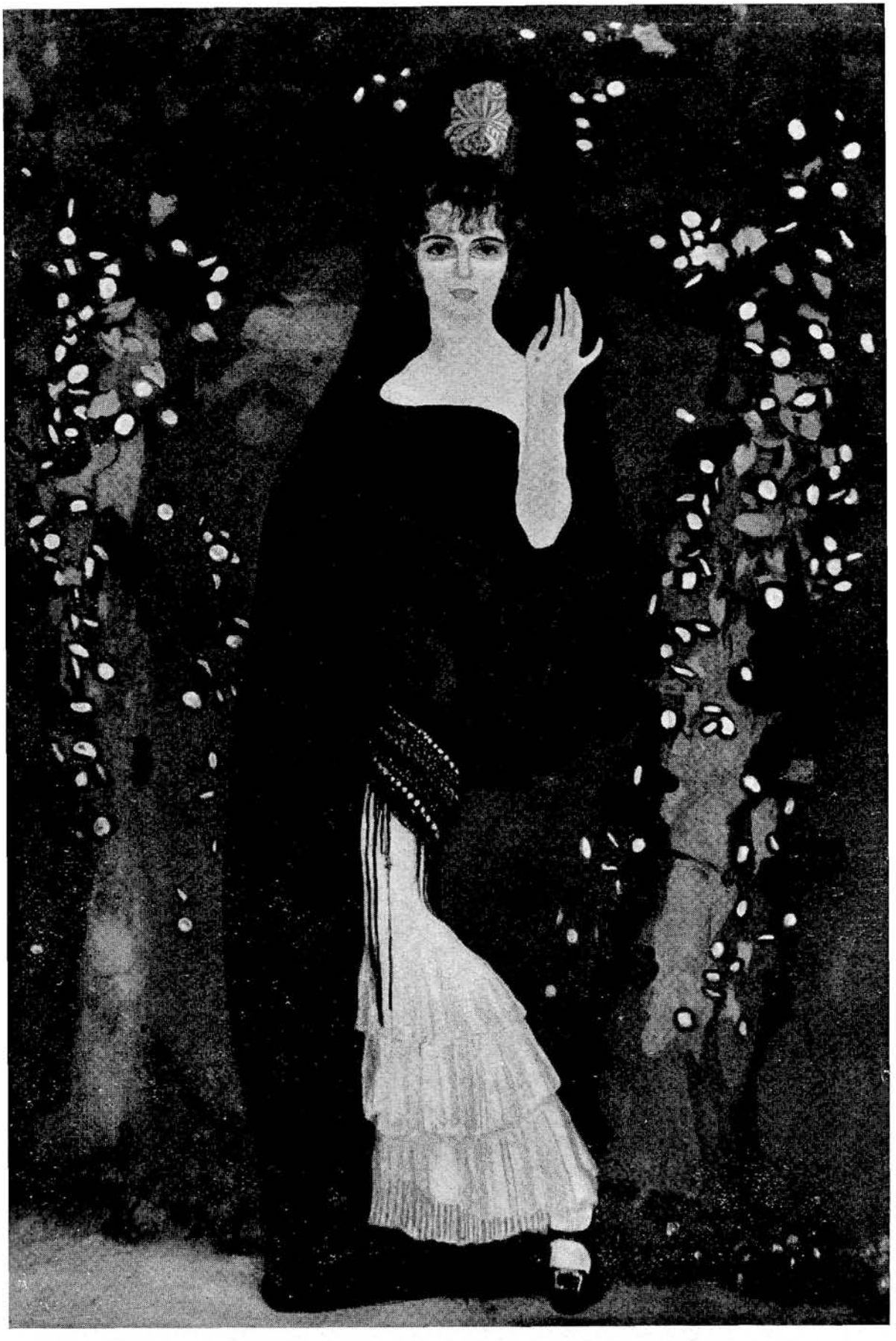
H. ANGLADA CAMARASA.—*Feria de gallos en Barcelona.*



H. ANGLADA CAMARASA.—*Romería del Arroz.*

H. ANGLADA CAMARASA.—*Tango de la Corona.*

H. ANGLADA CAMARASA.—*Muchachas valencianas*



H. ANGLADA CAMARASA.—*Retrato de la Condesa de Pradère.*

color de rosa y caballos azules?"; o a la opinión de algún aristarco acecinado que dijera muy enardecido: "¡Nada! ¡Nada! Sobra Velázquez o sobra Anglada" —era él quien sobraba—, a todo ello respondía por sí mismo aquel júbilo másculo del artista en la plenitud poderosa de su temperamento y de su talento.

En 1954 —con motivo de la Exposición Nacional de dicho año— la Dirección General de Bellas Artes y la Junta organizadora de las exposiciones y concursos nacionales rinden de nuevo, ya en la senectud fuerte y gloriosa del maestro, el amplio tributo oficial de reconocimiento a la personalidad enhiesta del gran artista y se le consagran dos salas de honor del Palacio del Retiro durante el certamen.

Si en el año 1916 se reunieron en el mismo local las obras de su plenaria madurez (*Valencia, El tango de la Corona, Novia valenciana, El ídolo, Los enamorados de Jaca, Campesinos de Gandía, Muchachas de Liria, Sibila*; los retratos de *Sonia de Klamery, Magda Joseline*, entre otros lienzos, todos ellos de figura y composición), en 1954 se exhibieron cuarenta y tres obras, desde muchas coetáneas de aquellas anteriores y también de temas de figura y costumbrísticas —*Vendedora de granadas, Muchacha de Valencia, La madrecita, La gitana y el pequeño*—, una plural magnificencia de paisajes, fantasías submarinas, composiciones florales, bodegones, hasta lo más reciente y actual de sus creaciones, aún frescas, de inmediata ejecución, desconocidas de las últimas generaciones presentes, para pristina revelación y advertencia adecuada contra juicios frívolos.

Y no faltaban las —en él predilectas— alusiones a tipos y costumbres catalanes y mallorquines, donde el maestro cumplía de manera prodigiosa los dos postulados fundamentales de su credo estético: *resolver problemas pictóricos según las leyes de nuestro organismo visual, y realismo, selección de realismo, y como consecuencia de ello llegar a un decorativismo que consideró la más alta nota del arte pictural.*

Con motivo del legítimo homenaje oficial de 1954, la Real Academia de San Fernando añadió el suyo consagrativo de otorgar a Hermen Anglada el título de Académico de Honor de nuestra Corporación, y solicitó y

obtuvo del Gobierno la concesión para el artista de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Por último, el año 1957 el Instituto de España le otorgó el Gran Premio de Bellas Artes de la Fundación March, que tan preclaro y supremo significado tiene en la cultura y el arte nacionales de nuestro tiempo.

* * *

La potencia incólume, la lozanía intacta, la didascalia perdurable que representa la pintura de Anglada Camarasa, está más allá y más acá de los violentos entrechoques estéticos y de las etapas generacionales, por sobre la virtud intrínseca de su eternidad artística.

No es una pintura del ayer caducado ni para el supuesto futuro. Estuvo y está en ese hoy, siempre afirmativo, que la obra de todo creador genial muestra con arbitraria apariencia y se nutre de realidad clásica.

Significa lo que significó cada escuela respecto de la precedente y lo que con ella representan las sucesivas.

Porque Anglada Camarasa, este panteísta de los mirificos deslumbramientos, no dejó nunca de ser, a lo largo de ochenta y seis años de una vida gozosamente libre y fecunda, de ser él, con la más absoluta independencia de contactos tendenciosos e iconoclastismos superpuestos. Desde sus comienzos en el período finisecular del París novecentista a la gloriosa y plenaria dedicación a la tierra, el mar y el cielo mallorquines hasta sus creaciones últimas, plural magnificencia de paisajes, fantasías submarinas y de composiciones florales.

No estimo inadecuado reiterar algo de cuanto he escrito respecto de Anglada Camarasa. Antes bien, me parece oportuno, porque Anglada Camarasa no fué de esos pintores que desorientan e imponen rectificaciones de juicio con sus propias infidelidades y acomodaticios cambios a tono adulatorio con los gustos y las fugentes normas antiestéticas de las generaciones sucedáneas. Ni tampoco que la verdad ejemplar de su arte haya envejecido y acuse la menor caducidad.

Una mirada superficial, un criterio impermeable que persista instinti-

vamente en la primera impresión causada por la pintura de Anglada, conservaría como opinión peligrosa el recuerdo de que el arte de este gran luminista es sólo hechizo y sortilegio cromático.

Al color, en efecto, puede parecer que ofrece todo en holocausto. Y puede suponerse que no es la luz la que impone fantasías coloristas y que, para las mayores brillantez, exuberancia y casi agresivas armonías, la luz se esclaviza al color. Incluso puede pensarse que Anglada Camarasa desdeña muchas veces el sol o el lugar y completa con artificiales luces coloreadas aquellos caprichos que concibiera con poderosa imaginación.

¿Sin verles? No. Antes los ha visto; pero con una visión especial, genial, diría peculiarísima, que ya le da pauta de acordes inéditos e irreales entonaciones. Diríase que entre las cosas y aspectos naturales se engalla y asoberbia su temperamento.

Esa condición suprasensible podría sugerir demasiado equivocadamente la creencia de que sus embriagueces de color dañaran al concepto y estilo de sus obras. Que el carácter —de tan hondo realce y superación humana— de sus figuras se desvaía al emplear el artista, en brazos y rostros, más apagadas, más moduladas coloraciones que en el atuendo, ornatos y fondos floridos.

Pero lo cierto es que la extraordinaria majestad se magnifica a sí misma con una complacencia sensual, con un desbordamiento lumínico. Llega a superar la calidad de pintura pura y simplemente tal, a pesar de cómo la hallamos elocuente de las más diversas facturas: gruesos ásperos, empastes casi convexos o transparencias de la más fina sutileza, con roces apenas perceptibles, que asoman detrás del toque —preconcebidamente "delgado"— el granillo del lienzo.

Llega a olvidarse el procedimiento y hasta la materia. Surge, en cambio, evocación, cual hecha "otra verdad", de que no es un lienzo pintado lo que tenemos ante nosotros, sino cálidas o delicadas cerámicas, esmaltes rutilantes, tejidos de suntuaria riqueza, lacas de Oriente, sorprendentes modelados luministas.

Porque el valor supremo y completo de la pintura de Anglada Cama-

rasa no está sólo en su esplendor y exuberancia cromáticos, en la insuperable sabiduría de oficio y sentimiento que le consiente lograr eso, pero, además, *lo otro.*

Hay, sobre todas sus condiciones innatas y sin cesar perfeccionadas, la de gran compositor, la de formidable dibujante. Y, consecuencia de ellas, lo que ha fijado para siempre en la historia de la pintura española contemporánea la verdad ejemplar de Anglada Camarasa: parigual a los maestros de la decoración en el mundo de las antiguas civilizaciones y con la exigencia de superación de los modernos neoclasicismos.